

El insomnio, como hemos dicho, es una de las penalidades que acarrea el exceso de trabajo cerebral, y va generalmente acompañado de una depresión de ánimo que con frecuencia degenera en profunda melancolía. Sir Isaac Newton, en una carta á Locke, dice de sí mismo que « no había dormido una hora por noche durante una quincena, y que por espacio de cinco días no había podido ni cerrar los ojos. » Esto era debido en parte á su prolongado estudio y en parte al disgusto que le produjo la destrucción de su laboratorio y manuscritos por un incendio. La consecuencia fué una aberración temporal de su entendimiento, de la que se repuso al cabo de unos meses de reposo. Pinel, sin embargo, sostiene que el estudio de las ciencias exactas obra como un preservativo de la inteligencia contra los desórdenes cerebrales, por supuesto, siempre que uno se someta al estudio con regularidad y moderación. La balanza del entendimiento está expuesta á desequilibrarse con facilidad por el excesivo y prolongado estudio — literalmente por el abuso de la prerrogativa de pensar; porque el desenfreno del entendimiento es tan injustificado y dañoso como el del cuerpo.

La falta de descanso natural conduce, en ciertas constituciones, á la hipocondría y á la melancolía. Los sentimientos y pensamientos se tornan mórbidos y toda la naturaleza parece envuelta en sombras. Chaucer, en su *Dream* (El Ensueño), cuya heroína era Blanca, duquesa de Gloucester, se describe á sí mismo como víctima de melancolía nerviosa producida por la necesidad habitual de sueño y acompañada por el temor de la muerte. Blas Pascal, el autor de *Los Pensamientos*, caracterizado por Bayle como « una de

las inteligencias más sublimes del mundo, » hizo tanto daño á su cerebro á causa del excesivo estudio, que llegó á ser víctima de una intensa melancolía. Figurábasele ver á su lado un abismo ardiente y que estaba constantemente en peligro de caer en él. Murió de una enfermedad orgánica del cerebro, como lo demostró claramente la autopsia, á la temprana edad de treinta y nueve años.

Hasta los hombres de ingenio y los humoristas se hallan sujetos á la melancolía. Hombres que hacían reír á carcajadas á teatros y circos enteros se han visto sujetos á una profunda depresión de ánimo. El humorista Hoffmam sostiene que el mal se halla siempre oculto detrás de la apariencia del bien y que en todas las cosas se halla la punta del rabo del diablo. Un día llegó á consultar á Abernety un pobre hombre abatido por la dispepsia. El doctor le miró la lengua, le tomó el pulso y le preguntó acerca de los síntomas. El bueno de Abernety dijo: « Está bien, no creo que el caso sea grave. Usted necesita moverse y estar alegre. Vaya usted á ver al hábil amigo Grimaldi, reirá usted á sus anchas y eso le sentará mejor que una medicina. » — ¡Ay de mí! dijo el paciente, ¡si yo soy Grimaldi! »

Molière, el autor dramático y humorista, fué víctima de la hipocondría, lo mismo que Tasso, Johnson, Swift, Byron, Beethoven y otros. No es extraño que Johnson fuera melancólico. Él mismo dice que no recordaba haber pasado un solo día libre de sufrimientos. Swif se marchó disgustado de la casa de Pope al cabo de unos días de conversación melancólica. Tasso se figuraba estar rodeado de ardientes dardos, ruidos sobrenaturales, silbidos, tañidos y rumor de campa-

nas. ¡Qué corona de espinas rodea las sienes de los reyes del pensamiento!

Benvenuto Cellini, Cardano, Blake, Rousseau, Goethe, Swedenborg, Shelley y Napoleón, se vieron sujetos á extrañas alucinaciones. Hasta Galileo sufrió ataques de hipocondría, motivados en gran parte por las noches sin sueño que, no obstante, pasaba en observaciones astronómicas. « No puedo, decía, impedir á mi cansado cerebro que siga moliendo. » Á pesar de ésto vivió hasta los setenta y ocho años. El sistema de Napoleón para librarse de las alucinaciones era excelente; se reponía del excesivo trabajo mediante el excesivo descanso.

Smollett padecía insomnio y dispepsia. Viajaba para cambiar de aires y de espectáculo. Sufrió lo mismo en el cuerpo que en el alma. Adonde quiera que iba se veía sólo á sí mismo. Cualquier cosa le causaba un desengaño; todo era estéril. No hallaba belleza en la Venus de Médicis, de Florencia, mientras que el Panteón de Roma le recordaba únicamente « un inmenso circo de gallos, abierto por arriba. » Volvió á Inglaterra y publicó sus viajes. Su aparición le proporcionó una sarcástica noticia de Sterne, en su *Sentimental Journey (Viaje sentimental)*. « El sabio Smellfungus, dice, ha viajado de Boulogne á París, de París á Roma y viceversa; pero viajaba con spleen é ictericia, y todos los objetos que pasaban ante su vista resultaban descoloridos y disformes. Se figuró que daba cuenta de ellos, pero en realidad sólo daba cuenta de sus desdichados sentimientos... Ha sido desollado vivo, le han hecho perder la paciencia, le han tratado peor que á San Bartolomé por donde quiera que ha pasado. Smellfungus, dijo: Se lo diré á todo el

mundo. — Mejor hariais, dije yo, en decirselo á vuestro médico. »

El poeta Cowper sufrió la más profunda melancolía que, como hemos visto, fué causada por la falta de digestión. « Tengo un estómago, decía, que todo lo recibe mal, y con frecuencia hasta el pan y la manteca. » Sir Jacobo Mackintosh decía de su caso: « Si Cowper hubiese escuchado el consejo de Bacón, de que las inteligencias embotadas no pueden emprender en seguida una vida activa, y que la sensibilidad debería quedarse atrás hasta que pase el meridiano de la existencia, en lugar de ser uno de los hombres más desdichados, hubiera sido uno de los más felices. » Es una circunstancia digna de atención, que Cowper compuso su obra maestra de buen humor, *The Diverting History of John Gilpin (Historia entretenida de Juan Gilpin)*, en uno de los intervalos que mediaban entre sus ataques de profunda melancolía. La alegría parece haber sido como el reflejo de su tristeza. El mismo dice de su libro: « Aunque parezca extraño, los más divertidos pasajes que jamás he escrito, lo han sido en la disposición de ánimo más triste, y si no hubiera sido por esta disposición, quizás no los hubiera escrito jamás. »

Así es cierto, según Tomás Hood, que también padecía insomnios, y cuyo espíritu era aguzado en la piedra del dolor, que

« No hay cuerda que preste sonidos á la alegría como la de la melancolía. »

ó según las palabras de Keats:

1. Algo de esto ocurría á nuestro gran ironista Larra, y también debió ocurrir antes á Quevedo. — (N. del T.)

« ¡Ay! en el verdadero templo del deleite la melancolía velada tiene su altar soberano. »

Cuando se publicó el *Juan Gilpin*, de Cowpe, que apareció la primera vez anónimo, el actor Henderson recorrió á Inglaterra haciendo reír á carcajadas al público que llenaba los teatros, con la maravillosa producción del más melancólico de los hombres, y entre sus oyentes podía verse á la misma gran mistress Siddon, que reventaba de risa y aplaudía con sus majestuosas manos, entusiasmada con el espectáculo.

Juan Leech, el artista que tanto nos ha divertido con sus humorísticos dibujos en el *Punch*, fué uno de los que más sufrieron por falta de sueño. « La naturaleza, dice lord Bacon, se deja conquistar más fácilmente por los que la obedecen », pero Leech no obedecía á la naturaleza. Es verdad que alguna vez descansaba; pero su vida ordinaria consistía en el trabajo. Continuó trabajando aun cuando la previsora voz de su médico le dijo que su constitución exigía reposo. Llegó á ser tan excesiva su sensibilidad nerviosa, que el más ligero ruido era un tormento para él. Todos recordamos las terribles caricaturas que lanzó en el *Punch* contra los organillos, como también las furibundas cartas del doctor Babbage en el *Times*, contra semejantes máquinas de tormento. Artista y autor, se veían igualmente atormentados por los referidos organillos, ya estuviesen destemplados (como sucede generalmente) ó no. Pocos conocen la agonía que estos instrumentos de tormento producen á los hombres cuyo cerebro trabaja más de lo debido. Una enfermedad del corazón, originada por la excitabilidad nerviosa, atacó al pobre Leech. Aún siguió trabajando, porque la renta que sacaba de sus trabajos depen-

día principalmente de sus esfuerzos semanales. Jamás descansó, y murió trabajando. Su último dibujo en el *Punch*, apareció el día de su entierro <sup>1</sup>.

Los poetas Keats y Shelley, sufrieron la enfermedad literaria. Cuando Keats estaba escribiendo su *Endymion*, decía á un amigo: « Trabajo día por día en mi poema por espacio de un mes, y al fin de este plazo encuentro mi cerebro tan sobreexcitado, que no hace nada con pie ni cabeza; de suerte que me veo obligado á dejar el trabajo por unos días... En vez de poesía tengo vértigo en la cabeza, y siento todos los efectos de un desenfreno mental, depresión de ánimo, y ansiedad de continuar sin poder hacerlo <sup>2</sup>. Shelley se hallaba también sujeto á una sensibilidad extremadamente mórbida, agravada por el abuso del te, mientras componía su *Prometheus Unbound* (*Prometeo desencadenado*.) Escribiendo á un amigo dice: « Mis sensaciones parecían por intervalos como embotadas y muertas; mientras que otras veces llegaban á tal grado de aguda exaltación que para no citar sino el órgano de la vista, veía las matas de césped y las ramas de los árboles lejanos con tanta precisión, como si las mirase con un microscopio. Al anocheecer caigo en un estado de letargia y de desanimación, y á veces permanezco horas enteras en un sofá, medio dormido y medio despierto, presa de la más penosa irritabilidad del pensamiento <sup>3</sup>.

Feruel, el médico francés dice: « a capite fluit omne

1. Aunque Leech murió á los cincuenta y siete años de una angina del pecho, la raíz de su enfermedad estaba probablemente en el cerebro, como sucedió con Juan Hunter, sir Carlos Bell, el doctor Arnold, el doctor Croly, Douglas Jerrold, lord Macaulay y el reverendo F. Robertson, que murieron de lo mismo.

2. Lord Hughton, *Life of Keats* (edición 1867), pág. 44.

3. Mistress Shelley, *Notas acerca de Prometeo desencadenado, Poetical Works of Shelley*, 800 (edición 1839), pág. 125.

malum. (Toda enfermedad proviene de la cabeza.) » Las grandes obras han sido en su mayor parte producidas por una especie de congestión sanguínea. Metastasio sentía á veces, cuando se sentaba á escribir, que la sangre le subía á la cabeza, « Se me pone la cara colorada como la de un borracho, decía, y me veo obligado á dejar el trabajo. » Cuando el cerebro se halla en este alto grado de tensión, el más ligero esfuerzo puede tener las más graves consecuencias. Malebranche, se sintió atacado de violentas palpitaciones al leer por primera vez la obra de Descartes sobre el *Hombre*. El poeta Santeuil, sintió tal regocijo al encontrar una frase que había buscado largo tiempo, que su razón quedó trastornada. Shenstone escribía á un amigo: « Supongo que habrá usted sabido que mi fiebre es en gran parte hipocondríaca, y comunica á mis nervios tan extremada sensibilidad, que hasta en asuntos de poco interés me siento presa inmediatamente del vértigo; podría casi decir de un ataque de apoplejía, porque en verdad, no estoy con frecuencia muy lejos de él. » Swift fué la mayor parte de su vida víctima de la enfermedad literaria que se manifestaba por desvanecimientos, vértigo, zumbido de oídos, temblor de los miembros y jaquecas, acompañados siempre de indigestión. En sus cartas y diario describe completamente los síntomas; y el doctor Wilde habla de su caso como de uno de los más caracterizados y más largos ejemplos de enfermedad cerebral que había encontrado jamás, habiendo durado por espacio de cincuenta y un años <sup>1</sup>. »

1. W. R. Wilde, F. R. C. S., *The closing Years of Dean Swift's Life* (Los últimos años de la vida del deán Swift), (edición 1849), pag. 5.

Tomás Hood estaba sujeto á los más fuertes ataques de enfermedad, que precedían inmediatamente á la publicación de una de sus obras. La duda, la ansiedad y el dolor ensombrecen las más brillantes horas del genio. « Tantas veces va el cántaro á la fuente que al fin se rompe », dice el refrán. El doctor Heliot, que cuidaba á Hood, describiendo su caso á mistress Hood decía: « Su enfermedad ha sido grandemente agravada estos últimos años por la naturaleza de sus trabajos, y por la necesidad que, según creo, había de que continuase sin descanso sus labores literarias, por estar comprometido á completar ciertas obras dentro de un período determinado. La grande y continua excitación que acompaña á tales esfuerzos, la privación del sueño y descanso que con ellos se impuso, y la consiguiente ansiedad, depresión y agotamiento, ejercieron el más dañoso efecto en estas enfermedades, dando lugar á nuevos ataques, y le redujeron á tal estado, que quedó incapaz de todo esfuerzo mental. La convicción de que el esfuerzo literario es necesario y urgente, lo hace productivo. Usted debe haber observado que generalmente estos peligrosos ataques empezaban en el período que precedía á la publicación de sus libros; usted le ha visto rendido por la lucha, y puesto al borde de la tumba por repetidos ataques de hemorragia de los pulmones, debidos á las palpitaciones del corazón. »

Beattie, autor del *Essay on Truth* (*Ensayo sobre la verdad*), jamás se atrevió á leer un libro después de impreso. Uno de sus amigos leía y corregía las pruebas. « Estos trabajos, dice Beattie, llegaron á causar los más penosos efectos sobre mi sistema nervioso, y no podía leer lo que había escrito antes, sin sentir

una especie de sufrimiento, pues me recordaba el horror que había sentido después de pasar una larga noche en tan severos estudios. » Pero prescindiendo de otros casos innumerables <sup>1</sup>, basta mencionar el caso de sir Walter Scott, que hacia al fin de su vida fué víctima del *Morbus Eruditorum*.

Scott era naturalmente de constitución sana, aunque cojo, y de ocupaciones sedenterias por razón de su cargo de abogado; fortificó su salud dando muchos paseos por los alrededores de Edimburgo y haciendo algunas excursiones á las montañas. Sus primeros ensayos poéticos fueron para él manantial de placer, más bien que de provecho. Sólo hasta la publicación de *Waverley*, es decir, á los cuarenta y tres años, pensó en consagrarse más especialmente á la literatura. Si se hubiera consagrado exclusivamente á la literatura, hubiera llegado á edad avanzada y hubiera vivido mucho más feliz. Pero desgraciadamente entró como socio en la imprenta de Ballantyne y Compañía, de Edimburgo, que le produjo toda clase de dificultades.

El éxito de *Waverley*, fué tal, que dió lugar á la publicación de sus novelas con maravillosa rapidez. *Guy Manrering*, *The antiquary* (*El anticuario*) y *Tales of my Landlord* (*Cuentos de mi huésped*), aparecieron en rápida serie; hasta que á los cuarenta y seis años le obligó á detenerse un terrible ataque de calambres en el estómago. Esta enfermedad cedió ante un severo tratamiento, sangrías, ventosas y opio, pero quedó excesivamente débil. No podía « ni moverse por

1. Mister Isaac Disraeli ha citado muchos casos en su *Literary Character*, bajo los títulos de « El entusiasmo del genio », « El arrebató del profundo estudio », « Las ilusiones del hombre de genio », etc, en sus *Miscellanies of Literature*.

la debilidad y los vértigos, ni leer por deslumbramiento de la vista, ni oír por los zumbidos que sentía en los oídos, y ni aun pensar por no poder coordinar sus ideas. »

Inmediatamente que pudo continuó con *Rob Roy*, que escribió en medio de constantes sufrimientos. Había sido empezado el edificio de Abbotsford, y hacia falta dinero para continuarlo. Salió á luz *The Heart of Midlothian* (*El corazón de Midlothian*) y continuó con *The Bride of Lammermoor* (*La desposada de Lammermoor*), cuando de nuevo fué interrumpido por un ataque de calambres del estómago, que terminó en un ataque de ictericia. Sin embargo, acabó *La desposada de Lammermoor*, y escribió la mayor parte de esta novela, una de sus mejores obras, así como *The Legend of Montrose* (*La leyenda de Montrose*) é *Ivanhoe*, bajo la influencia del opio y del beleño, las más deprimentes drogas. Continuó dando á luz cerca de doce volúmenes por año; pero no hay fuerzas humanas que puedan soportar tal suma de trabajo cerebral. Cuando el doctor Abercromby le censuró por tan enorme suma de trabajo, le dijo: « Realmente, sir Wálter, no debe usted trabajar », le respondió: « Le aseguro á usted, doctor, que sí; cuando Molly pone la olla en el fuego, podría decir igualmente, olla no hiervas. »

Sin embargo, Scott continuó tan animado y alegre como nunca, aunque se iba acercando el fin y él fué el primero en reconocerlo. A la edad de cincuenta y cuatro años, escribió en su *Diario*, como si presintiese su próximo fin: « Arregla tus negocios, y buenas noches, sir Wálter, que ya se acercan los sesenta. No me cuido de si dejo un nombre sin tacha, ni de si

mi familia queda en buena situación. *Sat est vixisse.* » Un poco más tarde sufrió un ataque de la enfermedad literaria, aunque desde hacía largo tiempo le estaba amenazando. La describió así : « Un ataque del *Morbus Eruditorum*, al que estoy algo sujeto como muchos otros, y que ha sido menos fuerte que cuando yo era más fuerte. Consiste en un temblor de cabeza, cuyas pulsaciones se hacen dolorosamente sensibles, una disposición á alarmarme sin motivo, mucha laxitud y decaimiento del vigor y actividad intelectuales. Las venas están fatigadas y doloridas y la mente se presta á recibir y á fomentar sombrías aprensiones. Luchar con este diablo no es el mejor camino para vencerle. Veo que el ejercicio y el aire libre son mucho mejor que el raciocinio. »

Tres semanas después, Scott empieza del modo siguiente su diario : « Estoy muy alarmado; he paseado hasta las doce con Skene y Russel, y después me puse á continuar mi trabajo (*Woodstock*). Con gran horror y sorpresa, no he podido escribir ni leer nada, sino que ponía una palabra tras otra, y escribía cosas sin sentido. Al mismo tiempo estaba muy abatido, y no podía concebir el motivo... me veo obligado hoy á dejar la escritura ; en su lugar leo á Pepys. » Scott no estaba satisfecho de escribir su *Woodstock*, pero tuvo que escribir un artículo sobre el *Diario de Pepys* para la *Quarterly*. Y así continuó escribiendo y corrigiendo. Constable y Ballantyne quebraron, y sus billetes llegaron á tener tanto valor como el papel de deshecho ; y Scott se esforzó por pagar sus deudas, para lo cual escribió *Life of Napoleon Bonaparte* (*Vida de Napoleón Bonaparte*).

Ni el dolor del hígado, ni los latidos del corazón.

ni el insomnio, ni la histeria, ni la depresión de ánimo pudieron detenerle. « No sé, dice, si mi imaginación se debilita, es probable que sí ; pero por lo menos mis facultades para el trabajo no han disminuído durante la última melancólica semana... Estas batallas han causado la muerte de muchos hombres, y creo que causarán la mía. Bueno, pero á mal viento buena cara ; hay que seguir trabajando hasta más no poder... Estoy convencido de que si viviese en un retiro solitario, privado de medio de hacer ejercicio ó de emplearme en el estudio, al cabo de seis meses me volvería loco ó idiota. »

Al fin Scott se decidió á viajar, pero esto no le hizo provecho, pues su cerebro continuó trabajando. A los cincuenta y nueve años tuvo el primer ataque del parálisis ; pero el aviso no fué escuchado, y tan pronto como se repuso, volvió á sus *Lettres on Demonology* (*Cartas sobre la Demonología*) y á sus *Tales of a Grandfather* (*Cuentos de un Abuelo*). Sus médicos le avisaron seriamente que cesase todo trabajo cerebral ; pero el consejo resultó inútil. Al año siguiente tuvo un segundo ataque de parálisis más fuerte que el primero ; sin embargo, apenas se restableció de él, continuó su *Comt Robert of Paris* (*El conde Roberto de París*) únicamente para mostrar los últimos dolorosos destellos de un genio expirante. Después de la elección de Roxburghshire, cuando le persiguieron y silbaron en Jedburgh porque era « un Tory », tuvo el tercer ataque de parálisis<sup>1</sup> ; sin embargo, inmediata-

1. Napoleón, que tenía mucho miedo á la parálisis, preguntó á su médico Corvisart su opinión acerca de la enfermedad. « Sire, respondió Corvisart, la parálisis es siempre peligrosa, pero avisa. Rara vez ataca á su víctima sin avisarle. El primer ataque, casi siempre ligero

mente que recobró la palabra, su primer grito fué « á trabajar. » « Tengo que volver á casa á trabajar mientras es de día ; porque llegada la noche, el hombre no puede trabajar. He puesto éste texto hace años en mi cuadrante solar, pero este con frecuencia me predica en vano. » A partir de esta época, su inteligencia fué decayendo gradualmente; fué recogido fuera de su casa casi sin movimiento. En Nápoles, « cediendo á la pasión dominante, fuerte contra la muerte », empezó una nueva novela que no fué jamás publicada. Al volver á su país sufrió un nuevo ataque; sin embargo, conservó bastante fuerza para volver á su casa y morir. Su yerno, Lockhart, murió de la misma enfermedad y debida á la misma causa, el exceso de trabajo cerebral. Mientras editaba la *Quarterly Review*, emprendió el escribir la *Vida de Sir Wálter Scott*, una de las mejores biografías que se han escrito. Pero el trabajo era superior á sus fuerzas. Logró, sin embargo, acabar dicha vida en siete volúmenes: era para él únicamente cuestión de honra y de cariño, pues no sacó de dicho libro ninguna ventaja pecuniaria. Entonces cedió la empresa de la *Quarterly Review*, y fué á Italia. Volvió de Roma á Abbotsford, y murió en una pequeña habitación inmediata á la en que había expirado sir Wálter Scott.

Southey fué otra víctima de la enfermedad cerebral. Fué uno de los más laboriosos y constantes entre los literatos. Como ha dicho su biógrafo: « Ningún artesano en su arte, ningún aldeano en el campo, ni

---

es, para usar un término legal, una *intimación sin costas*; el segundo, una *intimación con costas*, y el tercero es una *toma de posesión* ó auto de prisión. » La muerte de Corvisart fué una prueba de la verdad de su definición.

ningún trabajador en su oficio, empezó tan joven su aprendizaje, ni trabajó tan sin intermitencia durante su vida á causa de la escasez de recursos, como Roberto Southey. » Como en el caso de Scott, el trabajo llegó á ser para él un hábito, hasta el punto de no poder prescindir de él. El doctor Arnold observó, acerca de él, que hasta trabajaba cuando iba de paseo, por lo cual no se podía llamar á esto ejercicio, pues mientras paseaba leía y tomaba notas. Sus poesías y trabajos históricos le produjeron pocas ventajas; se mantenía principalmente con su colaboración á la *Quarterly*. Hacia los sesenta años era completamente un anciano. Su memoria empezó á decaer, se apoderó de él la melancolía, y cayó en una segunda infancia; perdió por completo la inteligencia y murió loco á los sesenta y nueve años.

Juan Galt era al mismo tiempo ejemplo notable del *Morbus Eruditorum* y de extraordinaria fuerza de vida. Era uno de los más laboriosos escritores en historia, economía política y bella literatura. Cayó enfermo por primera vez publicando el *Courrier*; un ataque de parálisis interrumpió por algún tiempo sus trabajos. Recobró la salud, y volvió nuevamente á sus tareas periódicas. Su enemigo volvió á la carga una y otra vez; continuó escribiendo mientras pudo tener la pluma, y mucho tiempo después de haber perdido el uso de los brazos y de las piernas, seguía dictando á un amanuense. La observación de Corvisart á Napoleón, de que el tercer ataque de parálisis era una *toma de posesión*, no puede aplicarse á Galt; porque sólo después de haber sufrido catorce ataques de dicha enfermedad, cayó víctima de la misma á los setenta años.

El poeta Heine, se vió con frecuencia detenido en sus trabajos por la enfermedad de los nervios; sin embargo, tardó ésta ocho años en matarle: durante este tiempo perdió el uso de sus miembros y llegó á verse en la situación de un niño. Sin embargo, conservó su alegría á pesar de sus sufrimientos, y siguió escribiendo hasta el fin. Mientras se preparaba la Exposición de París de 1855, le preguntó un amigo por el estado de su salud, á lo cual contestó: « Mis nervios se hallan en tan notable situación, que estoy convencido de que ganarían la medalla de oro del dolor y del sufrimiento si pudiera llevarlos á la Exposición. » Leyó todos los libros de medicina que se referían á su enfermedad. « Pero ¿qué provecho saqué de esta lectura? dice, no lo sé; sólo sé que me he puesto en condiciones de explicar una cátedra en el cielo acerca de la ignorancia de los doctores de la tierra, respecto de las enfermedades de la médula espinal. »

El caso del reverendo F. Roberston, de Brighton, fué uno de los más dolorosos, especialmente hacia el fin de su vida. Tenía temperamento nervioso y era sumamente sensible; estudiaba y predicaba alternativamente; no escribía sus sermones, sino que confiaba en la excitación del momento, para hallar palabras con que vestir sus ideas, y hasta las ideas mismas. El resultado era una intensa excitación cerebral después de cada sermón improvisado; insomnio, dolor de cabeza, « como si un águila le hincase sus garras <sup>1</sup> » la consecuente pérdida de memoria y confusión de ideas. Aspiraba á descansar y sin embargo continuaba

1. El reverendo S. A. Brooke, *Robertson's life and Letters* (Vida y cartas de Robertson) (edición 1863), II, pág. 161.

trabajando. A veces le inspiraba remordimientos la sabiduría, por cuya consecución trabajaba. « Voy estando convencido de que no hay ningún deber que tenga derecho á poner obstáculos á una existencia humana. » Pero le instaron mucho, y cedió á los ruegos. No solamente predicó, sino que explicó una cátedra. Después de sus lecciones sobre Wordsworth en el Ateneo de Brighton, escribía á un amigo: « La sala estaba completamente llena, y algunos centenares de personas tuvieron que irse por falta de sitio; pero desde entonces he sufrido terribles dolores de cabeza, sintiendo punzadas tan fuertes y penetrantes que no puedo menos de lanzar una exclamación. » Pocos días después se desmayó en la calle, y fué llevado á una farmacia, pero apenas se había repuesto corrió á cumplir un compromiso. Los dolores de cabeza continuaron. « Cada idea que pienso, decía, y cada línea que escribo ó leo me producen dolor en el cerebro, unas veces agudo y otras sordo. »

Roberston fué á consultar á los médicos de Londres, que le prescribieron diferentes medicinas; pero después de tomarlas no sintió mejoría.

Entonces consultó á un homeópata, que le recomendó dosis microscópicas de acónito. El cuarto médico á quien consultó, el más sabio de todos, se negó á mandarle otra cosa que un entero y total abandono del púlpito, para salvar su vida <sup>1</sup>. Pero el consejo no fué seguido, y Roberston continuó trabajando con más ardor que nunca. Su situación iba empeorando

1. El mismo consejo dieron al doctor Guthrie, de Edimburgo, que se hallaba en parecidas circunstancias; éste siguió el consejo, y gracias á él pudo conservar su útil vida muchos años.